

*EMI*

MÓNICA BENÍTEZ

©TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Nº REGISTRO SAFE CREATIVE: 2006214490956

Mónica Benítez

Junio 2020

## Sara

El sol entra sin piedad por la ventana, con las prisas de anoche olvidé bajar la persiana. Abro los ojos de forma muy lenta, preguntándome mientras lo hago si seguirá aquí, tumbada a mi lado, o si se habrá marchado como hacen los amantes de una noche en las películas. Veo su silueta dibujada entre los rayos de sol, me froto los ojos con una mano y vuelvo a mirar de nuevo, sigue aquí.

No sé cómo me hubiese sentido si no la hubiese encontrado a mi lado, supongo que igual que siempre, porque al fin y al cabo solo es un lígüe inesperado, una chica a la que conocí anoche en la barra de un bar y que gracias a que me acabé bebiendo un par de copas de más, acabó en mi cama. Digo gracias porque me alegro de que pasara, soy demasiado tímida como para permitirme que pasen estas cosas, siempre salgo huyendo, dejando que todas piensen que soy una estirada. Ni siquiera sé porque entré en ese bar, no es típico de mí, pero lo hice, y ahora ella está tumbada a mi lado.

Me permito mirarla, buscando esos fallos que dicen que tanto asustan al día siguiente, esos que no ves gracias a las luces bajas y oscuras de los bares nocturnos, o simplemente porque con un poco de alcohol en las venas todo te parece mucho mejor. No descubro esos fallos, no digo que Emi, que así se llama, sea la mujer perfecta, sino que es tal y como la recuerdo, y a mí me gusta. Observo sus labios carnosos y sigo la línea de su cuello hasta sus hombros, bajando hacia sus pechos que se insinúan desnudos por debajo de la fina tela de la sábana.

—¿Siempre miras a tus lígües en silencio? —pregunta de pronto, dibujando una ligera sonrisa sin abrir los ojos.

¡Que susto me ha dado!

—¿Cómo sabes que te estoy mirando? —pregunto intrigada.

—Porque has dejado de respirar, como hacen las personas que planean algo malo o no quieren que las pillen.

Emi abre los ojos por fin, me enfoca con esa intensidad azul que tanto me cautivó anoche y que contrasta con el color oscuro de su pelo.

—No quería incomodarte.

—No pasa nada—dice, antes de mirar hacia el otro lado y quedar cegada por los rayos de sol.

—Lo siento, anoche olvidé bajar la persiana.

—Tranquila—dice mirando su reloj—supongo que ya es hora de levantarse y marcharse.

—¿Ya te vas?

Me hubiese gustado que mi tono no sonase tan desesperado, ni siquiera sé que espero de ella realmente, supongo que nada porque estas cosas funcionan así, pero hay algo en ella que me hace sentir muy cómoda, anoche temí arrepentirme de la decisión de traerla a mi casa, pero no siento eso, siento una conexión especial con Emi que no sé explicar, y no es solo porque anoche lo pasáramos muy bien entre estas sábanas, hay algo más, y si se marcha tan pronto me temo que no podré descubrirlo.

—¿Quieres que me quede? —pregunta con media sonrisa.

—He sonado un poco desesperada ¿no? Perdona, no estoy acostumbrada a estas cosas, eres la primera persona que acaba en mi cama en plan rollo de una noche y no tengo muy claro lo que debo hacer ahora.

Emi abre mucho los ojos, sorprendida supongo.

—¿Nunca habías hecho esto?

—No—confieso abochornada.

—Bueno, yo hace tanto tiempo que no lo hago, que me siento como si fuese la primera vez.

Emi se incorpora y se sienta, dejando a la vista sus pechos medianos y coquetos mientras escanea la habitación en busca de su ropa. Cuando la localiza se pone en pie, dejando su cuerpo completamente desnudo ante mis ojos, se gira hacia mí y me enfoca con preocupación.

—¿Te importa si uso tu ducha?

Niego con la cabeza y con un brazo señalo la puerta, me tiene completamente embelesada. Emi entra en el baño, dejando la puerta abierta, supongo que como ya la he visto desnuda no le importa que siga haciéndolo. Miro un momento hacia la ventana cuando noto un pequeño nudo crecer en la boca de mi estómago, es una sensación extraña que me gusta, pero que a la vez me preocupa.

Cuando vuelvo la vista hacia el baño, descubro a Emi con ambos brazos apoyados en los laterales de la puerta.

—¿No vienes?

Durante varios segundos me quedo completamente paralizada, recorriendo su cuerpo desnudo y dándome cuenta de lo mucho que deseo tomarla de nuevo. Mi pecho sube y baja como una locomotora, ella no deja de mirarme, sus ojos brillan de excitación y se muerde el labio inferior, provocando que un intenso hormigueo se instale entre mis piernas y me haga levantarme de golpe.

Me pego a ella y la beso con ansia, Emi me recibe con desesperación y conduce mi cuerpo hasta la ducha, donde el agua tibia ya no puede hacer nada para calmar el calentón que siento. Cuando sus dedos entran dentro de mí, me sorprende corriéndome a los pocos segundos ¿qué demonios me pasa? La miro, asustada por la forma tan intensa con la que mi cuerpo ha reaccionado ante sus caricias. Emi sonrío y se clava dentro de mí otra vez, casi por sorpresa, haciendo que me deshaga de placer y un gemido tras otro escape de mi garganta sin miedo a que me oigan, dejándome llevar.

Agotada y bastante aturdida por lo que me sucede a su lado, me arrodillo frente a ella y atrapo su sexo con mis labios, su respuesta es casi tan rápida como la mía, Emi se corre hasta tres veces en lo que a mí me parece muy poco tiempo.

Me pongo en pie, me abrazo a ella y durante bastante tiempo dejamos que el agua resbale por nuestros cuerpos hasta calmarlos.

—¿Quieres que te preste unas braguitas? Tengo algunas sin estrenar—le ofrezco, cuando salimos de la ducha.

—Pues si no te importa—dice entornando los ojos.

Después de vestirnos, me quedo parada frente a la cama, mirando las sábanas revueltas, los únicos testigos de una noche que sin duda no olvidaré nunca, la primera vez que me dejo llevar de esta manera.

—¿Quieres que te ayude a cambiarlas?

—No, tranquila, ya lo haré.

Me pregunto por qué no he aceptado, ¿quizá sea porque deseo conservar su olor un poco más? Dios mío, que alguien me diga que no me estoy enamorando de una completa desconocida, ni siquiera sé donde vive, puede que incluso esté casada, y lo peor, a lo mejor me lo dijo y no lo recuerdo.

—¿Estás bien? —pregunta, llamando mi atención al cogerme suavemente de la mano.

Siento la corriente recorrer mi cuerpo tras el contacto, un nudo se instala en mi pecho y trago saliva, no quiero que se vaya, no todavía, al menos hasta que descubra porque me siento así con ella.

—Sí, solo pensaba en lo mucho que necesito un café ¿te apetece uno? Si no tienes prisa, quiero decir, no quiero que pienses que soy una chiflada o algo parecido, yo solo—digo nerviosa—es que no sé, no sé cómo debo comportarme.

—Has de ser tú misma Sara, me gusta la chica tímida que conocí anoche, la que se desinhibió con el alcohol y que me permitió venir aquí y pasar una noche increíble, esa chica Sara, no has de hacer nada que no sientas, si quieres que me vaya me lo dices, no pasa nada, y si quieres que me quede también.

—¿Tú quieres quedarte? —pregunto con el corazón en la garganta.

—Sí, no solo porque me apetezca horrores ese café que acabas de ofrecerme—confiesa arrancándome una sonrisa—sino porque me siento bien, y me gustaría conocerte un poco más, si te soy sincera, a parte de tu nombre no recuerdo gran cosa.

—Tampoco es que llegáramos a hablar mucho—aclaro sonrojada, al fin y al cabo, apenas una hora después de conocernos ya estábamos de camino a mi apartamento pensando en arrancarnos la ropa.

—Cierto—dice, alzando las cejas divertida.

—Pues vamos a por ese café.

Entramos a la cocina, después de preguntarle lo que le gusta, saco unas rebanadas de pan, mantequilla y mermelada. Emi se dedica a tostar el pan mientras yo preparo el café, cuando todo está listo lo coloco en una bandeja y le pido que me siga hasta el comedor, donde tengo un pequeño balcón con vistas al mar. Dejo la bandeja sobre la pequeña mesa que tengo fuera, lo justo para dos personas, saco otra silla y nos acomodamos una frente a la otra.

—Que preciosidad—dice observando las vistas—tienes un apartamento increíble Sara, tiene que ser una maravilla poder desayunar aquí todas las mañanas.

—Lo es, el apartamento es pequeñito, ya lo has visto, pero para mí es más que suficiente. Si te soy sincera entre semana no suelo desayunar aquí, suelo levantarme siempre con el tiempo demasiado justo—confieso—pero por la tarde, después de acabar las tareas me gusta sentarme un rato aquí a leer, no sabes cuánto me relaja.

—Me lo creo, mi balcón no tiene estas vistas, da a la calle. A mí lo que me relaja es pasear por la playa a última hora, cuando ya casi no queda gente, me descalzo y camino por la orilla, dejando que el agua me moje los pies.

—Suenan muy bien.

—Sí, no puedo permitirme hacerlo siempre—dice con la mirada perdida—pero en cuanto tengo oportunidad me escapo.

—Da la impresión de que tienes una vida estresante.

—Bueno, supongo que como todo el mundo, todos tenemos nuestras cosas.

Tengo la sensación de que hay algo que no me cuenta, pero entiendo que es normal, apenas me conoce, solo soy su ligue de una noche, alguien a quién seguramente acabará olvidando en cuanto cruce la puerta para marcharse.

Cambiamos de tema y comenzamos a contarnos cosas más banales, descubro que ambas tenemos la misma edad, de hecho, Emi cumplirá los treinta y cuatro tan solo dos meses antes que yo. Se dedica al marketing digital, trabaja desde su casa mejorando páginas web, en concreto la típica pestaña “sobre mí” o “quién somos”.

—¿En serio? —pregunto sorprendida.

—Sí—afirma alzando las cejas—la gente no suele darle la importancia que tiene, pero según las estadísticas, esa pestaña es siempre la segunda más visitada de una web después de la página de inicio. Es muy importante tenerla bien trabajada, puede suponer la diferencia entre que el cliente decida comprar el producto o no.

—Vaya, pues no tenía ni idea.

—¿Y tú qué? ¿A qué te dedicas?

Le cuento a Emi que soy profesora y que también trabajo desde casa preparando temarios para una academia online. Tengo la sensación de que se sorprende cuando le digo a qué me dedico, quizá sea porque mi madre tiene razón, y no tengo pinta de profesora, ella siempre dice que parezco bibliotecaria, puede que sea porque devoro libros sin parar.

—¿Te apetece un baño en la playa? —pregunta sorprendiéndome.

Estamos a finales de mayo, y aunque el agua todavía está algo fría, sin duda hay días donde lo que más apetece es disfrutar de un baño refrescante y tomar el sol. Hoy es uno de ellos.

—Umm, sí—digo contenta—hace un día espectacular, sino tienes mucha prisa podemos ir a la playa y luego comernos una paella en alguna terraza, bueno, paella o lo que tú quieras, no sé lo que te gusta—digo abochornada.

Dios ¿por qué me pongo tan nerviosa cuando pienso en pasar más tiempo con ella? Es solo una mujer, no va a mordirme.

—Me encanta la paella, de hecho, salvo las acelgas y los champiñones, creo que me gusta casi toda la comida, ya sabes lo que me gusta, ahora relájate.

Emi podría prestarme un poco de esa seguridad que tiene, ella apenas notaría el cambio y yo conseguiría relajarme. Me pongo el bikini, cojo mis bártulos de playa y la acompaño hasta su apartamento para que haga lo mismo.

—Bajo en cinco minutos—dice antes de entrar.

Me quedo en la puerta observando el bloque en el que vive, no está muy lejos del mío, me parece increíble que no nos hayamos cruzado nunca, aunque seguramente lo habremos hecho, solo que ninguna de las dos le ha prestado atención a la otra.

Tal y como ha dicho, en cuestión de cinco minutos está de vuelta, enfundada en un pantaloncito corto, una camiseta de tirantes dos tallas más grande y unas chanclas. Camino feliz a su lado, parece que todo el mundo ha pensado lo mismo que nosotras, la playa está llena y eso que no son ni las doce. Sorteamos a la gente por la arena, hasta encontrar por fin un sitio cerca del agua que nos permita bañarnos sin perder de vista las toallas.

—Es increíble cómo se pone la playa en cuanto hay un día soleado—comenta distraída, mientras extiende la toalla.

—La gente está deseando relajarse—contesto haciendo lo mismo.

Emi se quita la ropa, incluyendo la parte de arriba de su bikini, me sorprende a mi misma observándola, no hace ni una hora que la he visto desnuda y no puedo apartar la vista de su cuerpo. Definitivamente tengo que reconocer que Emi me gusta, lo que no tengo claro es hasta qué punto.

### Emi

—¿Vas a quitarte la ropa o te vas a quedar ahí todo el día mirando? —le pregunto a Sara, que me observa embobada, de pie junto a mi toalla.

—Perdona—dice con las mejillas encendidas, arrancándome una sonrisa.

Sara se apresura a quitarse la ropa, se tumba en su toalla boca arriba y se queda tiesa como un palo.

—¿Cómo es posible que seas tan tímida? —le pregunto girándome hacia ella—ya hemos hecho la parte, digamos que más pudorosa Sara, nos hemos visto desnudas y nos hemos acostado ¿por qué no te relajas?

Sara lanza un bufido al aire y me mira con esa fragilidad que tan tierna me parece.

—No sé, me cuesta mucho soltarme—confiesa.

—A mí me has parecido muy suelta en la cama—digo sonriente.

—Ay Dios, no digas eso—dice, tapándose la cara con las manos.

—Venga ya—digo sin poder evitar reír—¿te da vergüenza disfrutar?

—No, pero hablarlo sí me da una poca—responde aturdida.

—Ya veo, pues si sigues a mi lado te vas a tener que acostumbrar, porque yo no me corto ni un pelo. En la cama hay que volverse loca Sara, dejarse llevar, y fuera de ella también, si sigues con esa vergüenza te perderás muchas cosas.

—Ya lo sé, ¿crees que no me doy cuenta? Pero no puedo evitarlo, a veces lo intento, me levanto por la mañana y digo: hoy no dejaré que nada me frene, haré todo lo que me apetezca sin importarme lo que piensen los demás.

—Bien pensado.

—Sí, si no fuera porque después llega la hora de la verdad y me paralizó—dice apesadumbrada.

—Mmmm, veo que vamos a tener que hacer mucha terapia contigo.

—¿Terapia? —pregunta, con los ojos muy abiertos.

—Terapia de choque, dicen que la mejor manera de superar los miedos es enfrentarse a ellos.

—¿Vas a hacerme terapia? —pregunta, regalándome otra sincera sonrisa como la que me regaló anoche, cuando le pregunté si podía sentarme a su lado.

—Si tú quieres sí.

—¿Ahora?

—Aha.

—¿Y cómo pretendes empezar? —pregunta curiosa.

—Es muy fácil, dime una cosa que te gustaría hacer aquí en la playa y que no haces porque te da vergüenza.

—Lo mismo que tú—dice con rapidez, señalando mis pechos al aire.

—¿Toples?

—Sí.

—Pues venga, quítate la parte de arriba.

Me siento como los indios, girada hacia ella y sonriendo ante su cara de bochorno. Sara también se sienta, con la duda sembrada en el rostro, comienza a mirar en todas direcciones, buscando unas miradas que cree que se clavarán en ella en cuanto lo haga.

—Oye—digo colocándome justo en frente de ella—toda esta gente viene aquí a disfrutar del día Sara, no a mirarte a ti ¿o tú te pones a mirar a todas las chicas que hacen toples?

—No, aunque a ti sí.

—Bueno, pero a mí puedes mirarme, hace unas horas mis pezones estaban en tu boca, eso te da ciertos derechos.

Sara sonrío divertida por mi respuesta, después suspira profundamente.

—Mira, piensa que la única que te presta atención soy yo, los demás solo son figurantes que adornan esta playa ¿de acuerdo?

Sara asiente y se queda quieta cuando cuelo mis manos por debajo de sus brazos y busco en su espalda el cierre de su sujetador.

—¿Lista? —pregunto muy cerca de su boca.

Siento unas ganas horribles de besarla, pero me contengo por miedo a que se asuste y volvamos a dar un paso atrás.

—Sí—susurra.



Desabrocho el cierre, y lentamente le saco las tiras por los hombros, dejando sus pechos al aire. Sara respira agitada, casi sin pestañear mientras disfruta de esa sensación de libertad.

—¿Qué tal? ¿Ves cómo no ha pasado nada?

Asiente y sonrío, se mira los pechos, con la marca del bikini dibujada en ellos, después me mira a mí y se sonroja.

—Tienes unos pechos preciosos—le susurro—deberías sentirte orgullosa y pasearlos por la playa más a menudo sin importarte quien te mire.

—Me gusta que tú me mires—confiesa.

—Y a mí mirarte—digo guiñándole un ojo—ahora ponte un poco de crema o se te quemarán.

Dejo a Sara buscando el bote de crema en su mochila y me tumbo mientras la observo de soslayo. Pienso en anoche, en el momento en que la vi, sola en la barra, viendo lo tímida que es hasta me sorprende que se atreviera a hacerlo.

Todavía recuerdo la cara de sorpresa que puso cuando le entré, y esa sonrisa, creo que eso fue lo que me hizo decidirme a quedarme en el bar, me disponía a marcharme cuando la descubrí sentada en un taburete en la esquina de la barra. Sus palabras de antes me han recordado un poco a mí, porque anoche, después de muchísimo tiempo, decidí que ya era hora de dedicarme unas horas a mí misma, entré en aquel bar decidida a conquistar a alguna chica que me recordase que todavía soy joven y merezco disfrutar, pero cuando me encontré allí dentro, sola, ante la mirada de un montón de desconocidas, me entró el pánico. Di una vuelta y me obligué a mí misma a tomarme al menos una cerveza antes de salir huyendo, fue cuando hacía lo segundo cuando mis ojos encontraron a Sara.

—Ahora eres tú la que me mira embobada—dice sonriente, sacándome de mis pensamientos.

Me doy cuenta de que es cierto, mientras pensaba en mis cosas no he apartado la vista de ella. Sara me gusta, me hace sentir cosas que hace mucho tiempo que no sentía y tengo miedo, soy una persona muy impulsiva y temo asustarla si la presiono demasiado.

—¿Hola? —dice agitando una mano delante de mis ojos.

Madre mía, lo sigo haciendo, definitivamente esta chica me tiene embrujada.

—Perdona—sonrío, tras un profundo suspiro—supongo que estoy haciendo uso de mi derecho a mirarte, pero si te incomoda no lo hago más, prometido.

—Para nada, ya te he dicho que me gusta que me mires—dice sonrojada—es solo que parecías estar en otro mundo.

—Creo que lo estaba, quizá porque me acabo de dar cuenta de que me gustas más de lo que esperaba y no sé muy bien como debo actuar contigo ahora.

No es que pretenda asustarla, pero creo que es mejor que sepa lo que ocurre, que tenga claro que yo no quiero ser su amiga. Me mira con asombro, de nuevo su respiración se agita y me preparo para que me diga que lo siente mucho pero que no está preparada para intentar nada con nadie o alguna mierda de esas.

—Emi yo—dice aturdida.

—No pasa nada Sara—la corto—somos mayorcitas, te diré sinceramente que anoche salí con la intención de echar un polvo, quería encontrar a alguien que me diera un buen meneo, que me hiciera sentirme viva y después volver a mi casa y empezar un nuevo día. No conté con esto, me sentí bien contigo antes, me sentí bien durante y me sigo sintiendo bien después, es algo que no me había pasado, y es normal que tú no sientas lo mismo.

—Yo no he dicho que no sienta lo mismo—me corta, con una seguridad que no sé de dónde ha sacado—yo me siento igual desde que he abierto los ojos esta mañana y te he visto tumbada a mi lado, no quiero que te vayas, me haces sentir cosas que no entiendo, pero me gustan, estar contigo me gusta, así que si quieres que nos veamos más veces yo estaré encantada.

—¿Sí? —pregunto incrédula.

—Claro.

Su respuesta me relaja, de pronto me siento fuerte otra vez, pensar en seguir viéndola me hace feliz.

—Oye—le susurro, acercándome a ella peligrosamente.

—¿Qué?

—Dime otra cosa que te gustaría hacer ahora, otra de esas que te dan vergüenza.

—Es que me da vergüenza decírtelo—confiesa.

—¿En serio? ¿Te da vergüenza decirme lo que da vergüenza? —pregunto rodando los ojos.

Sara se ríe y se acerca hasta a dejar sus labios muy cerca de mi oreja para susurrarme, provocándome un escalofrío agradable por todo el cuerpo.

—Me gustaría besarte, pero no me atrevo—confiesa en un susurro.

—Eso tiene fácil solución, te beso yo y asunto arreglado.

Sara me enfoca, y antes de que diga nada poso mis labios sobre los suyos y la beso lentamente, ella se deja llevar y saboreo sus labios con calma, disfrutando de un beso que hace mucho rato que deseo.

Después nos vamos al agua, disfrutamos de un buen chapuzón refrescante y después de secarnos al sol, recogemos las cosas y nos vamos a una de las terrazas de la zona, he estado otras veces y hacen unas paellas riquísimas.

Por fin Sara se relaja y comienza a parlotear con confianza. Me siento bien a su lado, está claro que hay química entre nosotras, o como sea que se llame esto, si no, no me explico porque me siento como si hiciese años que la conozco. Las horas vuelan a su lado, después de disfrutar la comida con calma y comernos unos helados de postre, decidimos dar una vuelta por las tiendecitas de la zona.

Sara aprovecha para comprarse un par de camisetas que le sientan de maravilla, yo me compro unas chanclas que me han gustado y después decidimos dar un paseo por la orilla de la playa, como a mí me gusta.

—Ha sido un domingo increíble—confiesa, casi en un susurro.

—Estoy de acuerdo, hacía mucho que no me sentía tan bien al lado de nadie.

Me detengo, me coloco frente a ella y vuelvo a besarla, Sara coge una de mis manos y enlazamos los dedos. Siento cosas agradables en la boca del estómago, cuanto más tiempo paso a su lado más intensas se vuelven, me estoy pillando por ella a una velocidad de vértigo, es un hecho.

—¿Cuándo crees que podríamos vernos otra vez? —pregunta de nuevo, con esa timidez que me hace tener ganas de achucharla.

—¿Quieres verme otra vez? —pregunto jocosa.

—No te burles—se queja sonriente—ya sabes que sí.

—No me burlo—susurro besando su mejilla—a ver ¿qué tal te va el miércoles por la tarde?

—Amm, bien ¿a qué hora?

—La que tú quieras, estoy libre desde las tres.

—¿Suena muy desesperado si te digo a las cuatro? —pregunta entornando los ojos.

—Suena perfecto ¿dónde quieres que quedemos?

—En mi casa—sentencia muy segura—me apetece estar contigo a solas, pero si prefieres otra cosa no hay problema.

—Ni hablar, yo también quiero estar contigo a solas, y en la cama a poder ser.

Sara sonrío acalorada.

Después del paseo hemos dado por finalizada nuestra inesperada y larga cita, decido acompañarla hasta su puerta, nos intercambiamos los números de teléfono y nos despedimos con otro largo beso. Después camino embobada hasta mi apartamento, contando las horas que faltan hasta volver a verla el miércoles, que días tan largos.

### **Sara**

Por fin es miércoles, creo que puedo afirmar con total seguridad que estos días han sido los más largos de mi vida. Obviamente he hablado mucho con Emi por Whatsapp, hasta le he puesto un tono diferente para saber cuando es ella quién me escribe. Siento estallar las mariposas en el pecho cada vez que escucho ese sonido, en los cambios de clase, no puedo evitar dedicar unos segundos a comprobar si me ha escrito, ya que durante el trabajo tengo el móvil en silencio. Me siento como si fuese una de mis alumnas, escondiéndome por los rincones y deseando que pasen los minutos para poder hablar con ella.

Anoche me preguntó si podía llamarme cuando estábamos chateando, eran casi las doce, pero le dije que sí porque anhelaba escuchar su voz, esa seguridad, ese tono guasón que utiliza cuando me pongo nerviosa y que tanto me gusta.

Ni siquiera hablamos de cosas importantes, me habló de que esa tarde la habían avisado de la librería, ya podía ir a recoger el libro que tenía reservado, yo le pregunté cuál era y nos pasamos el resto de la conversación hablando de esa autora en concreto, una que a ambas nos fascina.

También sé, que a Emi, aunque trabaja desde casa le gusta madrugar, que sale a correr un rato por las mañanas, que usa gafas para leer, que es alérgica a los gatos, que odia la política y que es donante de sangre, entre otras muchas cosas.

Camino por el pasillo del instituto pensando en eso, con una sonrisa eterna dibujada en los labios, miro el reloj, son casi las once, tres horas más y saldré de aquí, comeré la ensalada que me he dejado preparada y me daré una buena ducha, después me sentaré en el balcón con mi último libro, a esperar con ansia la llegada de Emi.

Esquivo a unos cuantos alumnos, no sé si es cosa de la época o que falta poco para que acabe el curso, pero están más revolucionados que de costumbre, caminar por el pasillo a ciertas horas es un peligro constante, la mitad de ellos van con el teléfono en la mano sin prestar atención a nada más, llevándose por delante a todo el que encuentran a su paso. Que horror de tecnología por favor.

—Mira por donde vas, Jaime—advierdo a uno de ellos que por poco me atropella.

—Perdone señorita Juárez—murmura sin mirarme.

Dos chicos más salen a toda prisa de otra clase, tengo que esquivarlos también, y justo cuando estoy a punto de llamarles la atención, veo a alguien en el pasillo que me deja paralizada. Me paro en seco y parpadeo varias veces para confirmarlo, no hay duda, es Emi, las mariposas de mi estómago también me lo confirman.

Camino hacia ella con el corazón desbocado, no entiendo que hace aquí, podría pensar que viene a darme una sorpresa, pero no recuerdo haberle dicho nunca en qué instituto trabajo. Cuando me ve se queda tan atónita como yo.

—Sara...—murmura aturdida, cuando llego hasta ella.

—Hola Emi ¿qué haces aquí? —pregunto extrañada.

La orientadora sale en ese momento de su despacho, las dos nos giramos hacia ella.

—Hola Sara—me saluda.

—Hola—respondo, cuando se gira hacia Emi y lo que dice me deja sin aliento.

—¿Eres Emilia, la madre de Asier Robles?

—Sí—responde Emi.

—Ya puedes pasar.

Emi me mira suplicando perdón con la mirada, mientras yo me pregunto porque demonios no me ha dicho que tiene un hijo, y además resulta que estudia en el mismo instituto en el que doy clases.

Aturdida y enfadada, entro en la sala de profesores, me siento en una de las sillas y cierro los ojos unos segundos para intentar digerir la noticia.

—¿Qué te pasa? —pregunta Isabel, una de mis compañeras.

—Nada, solo me duele un poco la cabeza. Oye ¿te suena una tal Asier Robles?

—¿Asier? Sí, es de cuarto de E.S.O, de la clase D, ¿por qué?

—Por nada, es hijo de una amiga.

Hago números mentalmente de forma muy rápida, si Asier está en cuarto debe tener unos quince años, Emi no podía tener más de dieciocho cuando lo tuvo.

—Pues es un chico muy majo, aunque últimamente anda algo despistado, me da a mí que alguna niña le ronda la cabeza—dice sonriente.

—Como al noventa y cinco por ciento de los chicos que hay aquí—añado devolviéndole la sonrisa.

Cuando por fin salgo de la última clase, descubro que tengo un mensaje de Emi.

*“Lo siento, esta tarde te lo explico, pero por favor, no canceles nuestra cita”*

No negaré que estoy molesta, la existencia de un hijo me parece un dato lo suficientemente importante como para que me lo hubiese contado, pero ni mucho menos pienso cancelar nuestra cita, quiero darle la oportunidad de que se explique, y además, por muy enfadada que esté por ocultarme algo así, cancelar nuestra cita sería perjudicial para mí, porque por encima de todo, lo que más deseo es verla, volver a besarla.

*“La cita sigue en pie”* —contesto de forma escueta.

### **Emi**

Creo que nunca me había sentido tan nerviosa, estoy en el portal de Sara, las manos me sudan y siento pánico, debería haberle hablado de Asier antes, pero no encontraba el momento y ahora es tarde, se ha enterado por terceros.

Llamo al timbre, Sara abre sin preguntar quien es, otra señal más de que está enfadada. Tomo el ascensor con el corazón a punto de saltarme del pecho, la puerta se abre, camino hasta el número dos, la puerta está abierta y me lo tomo como una invitación. Entro y descubro a Sara a un metro de mí, mirándome fijamente. Cierro la puerta, estoy tan nerviosa que solo siento ganas de llorar, a la vez que de abrazarla y besarla. No hago ninguna de las tres cosas, me quedo petrificada observándola, esperando una reacción, una bronca, que me diga que no quiere verme más, que soy una mentirosa, una cobarde, por no hablarle de lo que más quiero en el mundo.

—¿Un café? —pregunta muy seria.

Asiento atontada, Sara me da la espalda y se pierde tras la puerta de la cocina. Decido no seguirla, darle su espacio y su tiempo, responderé a lo que quiera cuando ella quiera. Salgo al balcón y apoyo los brazos en la baranda, miro al mar, recuerdo el domingo que pasé junto a ella y sonrío aterrada porque no vuelva a regalarme un día como ese. El ruido de las tazas sobre la mesa me sobresalta, me giro y la veo, Sara toma asiento en un lado y me señala el otro. Me siento frente a ella, como una niña pequeña esperando una reprimenda que no llega, se limita a mirarme.

—Lo siento Sara, debí hablarte de él—digo por fin.

—Sí, sí que debiste.

Cojo mi taza, bajo la mirada y remuevo el café de forma mecánica.

—¿Por qué Emi? Solo quiero que me digas porque no me dijiste algo tan importante.

—Porque me daba miedo, temía decirte que tengo un hijo y que salieras corriendo—confieso de forma sincera.

Sus ojos se abren mucho, estudia mi rostro, descubriendo que mis ojos brillan porque me está costando la vida contener el llanto. Sara se pone en pie y cambia su silla de lugar, colocándola justo a mi lado.

—¿Por qué se supone que iba a salir corriendo? —pregunta torciendo el gesto.

—Yo que sé Sara, porque es lo que hace la mayoría. A nadie le gustan las mochilas, y la mía tiene quince años.

Sara me mira confusa, mis lágrimas comienzan a caer.

—Fue difícil ¿sabes? Me quedé embarazada de Asier con dieciocho años, a mis padres no les hizo ninguna gracia, así que, aunque me dieron algo de dinero, me echaron de casa cuando Asier apenas tenía un añito, alegando que yo debía resolver mis propios problemas. Tuve que ingeniármelas para encontrar un trabajo que me permitiera cuidar de él, no tenía con quien dejarlo.

—¿Y su padre?

—Su padre era un crío igual que yo, se desentendió del problema, venía a verle de vez en cuando, a veces me traía algo de dinero o se lo llevaba al parque, pero la carga era toda mía. Hará un par de años se juntó con una chica que también tiene un hijo, más o menos de la edad del mío, y de repente empezó a interesarse por él, me pidió que lo dejara ir con él algunos fines de semana, no deja de ser el padre de Asier, así que acordamos un fin de semana cada quince días y todos los miércoles.

—Por eso estabas libre el día que nos conocimos y hoy.

—Sí. Asier absorbió todo mi tiempo, en todo estos años mis relaciones han sido más bien fugaces, al final todas se acababan hartando de que él sea lo primero. Ahora es más mayor, empiezo a fiarme de dejarle solo en casa, y desde que se va con su padre empiezo a tomarme tiempo para mí, a recuperar un poco mi vida. Te conocí y me asusté, Sara, me gustas mucho y me gustaría seguir conociéndote, pero Asier estará ahí siempre, él es lo más importante de mi vida.

—Me ha molestado Emi, cuando te dije que era profesora tuviste un buen momento para contarme que tenías un hijo, pero en parte te comprendo, tu vida no ha tenido que ser nada fácil, y si ya has tenido malas experiencias es normal que sientas miedo—dice, cogiendo mi mano con afecto.

—Lo siento muchísimo Sara, de verdad.

—No pasa nada—me corta con esa sonrisa que tanto me gusta de ella—ya está aclarado, y me gustaría aclararte también, que a mí, el hecho de que tengas un hijo no me asusta, convivo con esos adolescentes a diario y sé cómo manejarlos, así que por mí no temas, yo también estoy loca por conocerte mejor, y si algún día lo consideras oportuno, estaré encantada de conocer a Asier.

—¿De verdad? —pregunto emocionada.

—De verdad.

Parece que se hayan invertido las tornas, en este momento Sara muestra una dosis de seguridad muy elevada, en cambio yo, hablando de mi hijo me siento completamente vulnerable, como son las cosas.

—Cuando te he visto en el instituto por poco se me para el corazón, no sé porque, pero cuando me dijiste que eras profesora no se me ocurrió pensar en la posibilidad de que trabajases en el instituto de mi hijo.

—Bueno, si te sirve, no está en mis clases, todos mis alumnos son de primero y segundo, y empecé en ese instituto hace un par de años. Por cierto, ibas a ver a la orientadora ¿va todo bien?

—Sí, bueno, parece que últimamente no presta mucha atención en clase, me han hecho unas cuantas preguntas, para ver si estaba bien en casa y esas cosas, o por si yo había notado algo.

—¿Y?

—Pues no sé, a mi hijo lo distraen hasta las moscas y nunca ha sido de sacar notas espectaculares, pero va aprobando, seguro que es alguna chica, últimamente se preocupa más de la cuenta por su aspecto—sonrío.

—Umm, las chicas son la perdición—sentencia, a la vez que se acerca a mí.

Sara me besa, despertando ese hormigueo que me vuelve loca de deseo, pero sobre todo, regalándome una lección de humildad, tengo que aprender a no meter a todo el mundo en el mismo saco.

—¿A qué hora vuelve Asier? —pregunta, susurrándome al oído.

—No vuelve, se queda a dormir con su padre y él lo llevará mañana al instituto, no volverá hasta la hora de comer.

—¿Te quedas a dormir entonces? —propone.

—Me quedo.

—Bien, pues vayamos a pasear por la playa, me apetece que me cuentes más cosas de ti, ya tendremos tiempo de meternos en la cama—dice, y se levanta tendiéndome una mano que acepto con gusto.

Sara y yo llegamos a la playa, nos descalzamos antes de entrar en la arena y caminamos por la orilla durante un tiempo indeterminado, dando los primeros pasos hacia el inicio de nuestra relación.

**FINAL**